

ACERCA DE MIS DOS GRANDES PASIONES: LA FILOSOFÍA Y LA DOCENCIA. CORAZA PARA LA RESISTENCIA

Remedios Álvarez Santos ¹

Inicio esta narración situándome en mi infancia, cuando, supongo, estaba destinada a perpetuar el eterno femenino del cual habla Rosario Castellanos: tener esposo, hijos y una cómoda casa administrada por mí, según mi familia; sin embargo, desde niña, supe que eso no era para mí. Así que esta mujer que sabe latín, sin esposo ni hijos, sí ha tenido un buen fin; hasta ahora. Jugué mucho, no me obligaron a hacer labores domésticas, las hacía por mi gusto, y no me inculcaron el hábito del estudio ni de la lectura; de hecho, no tuve un referente que me motivara a hacerlo. Saqué mis estudios sin reprobar, pese a que nadie estaba ahí para que cumpliera con mi responsabilidad como estudiante, pues mi madre siempre trabajó para poder proveer económicamente a la casa. Si tenía dudas en torno a mis tareas, debía resolverlas por mí misma. Fui una alumna por momentos regular, pero cuando decidía que no quería “ser burra”, cambiaba mi estatus al de excelencia; en casi todos los niveles educativos transité de esa manera, excepto en mis estudios profesionales, donde sí me aboqué a estudiar.

Pero quiero aludir a un período significativo cambio durante el bachillerato. Estaba cansada de estudiar, sin embargo, debía tener el certificado de prepa como requisito para hacer los exámenes y poder ser sobrecargo; apliqué en dos ocasiones para ello y, por fortuna, no fui aceptada. Era mi sueño de adolescente. También quería irme a vivir a Estados Unidos; igualmente, por fortuna, no se logró. En retrospectiva, solo quería alejarme de mi estado natal y de mi familia, pues siempre me sentí extranjera ahí. Pero durante

¹ Profesora de la Facultad de Filosofía de la Universidad Veracruzana.

ese mismo periodo -en el tercer semestre de bachillerato-, el primer día de clase de filosofía, el profesor Sedano empezó a hablar de la teoría de la reminiscencia de Platón con tanta pasión, que atrapó por completo mi atención, logrando que mi apatía se disolviera en totalidad. Recuerdo que dijo: "en otra vida, yo fui director de sinfónica", y actuó como si lo fuera. Sin duda, me prendió del todo y en ese momento me dije: "¡quiero estudiar filosofía!; ¡a ello quiero dedicarme en mi vida!".

Nunca me acerqué al profesor Sedano, mi *ethos* introvertido me lo impidió. Muchos años después, toqué a la puerta de su casa y, al verme, su expresión fue de extrañeza; quería reconocermme, pero no me hacía en el mundo. Yo, por lo contrario, desde esos días lo llevo en mis recuerdos y en mi corazón. Me presenté y le regalé el primer libro que escribí. Ambos estábamos muy conmovidos. Le expresé lo agradecida que estaba, pues él y la filosofía transformaron mi existencia. Yo, en ese entonces, vivía como una pluma al viento; sin sentido. Paradójicamente, la vacuidad llenaba mi existencia. Mi vida giraba en torno al deseo de obtener bienes materiales, es decir, la banalidad. La filosofía ha sido mi brújula desde entonces, mi perenne amiga, mi consuelo y un bálsamo ante las vicisitudes que he debido sortear.

Pero regreso a aquellos momentos en los que me aventuré para encontrarme de lleno en el mundo de la filosofía. Así, pues, me dispuse a hacer todo el proceso para el examen de admisión. Recuerdo que iba todos los días a comprar el periódico para ver en qué fecha sería el examen, y lo presenté sin ningún contratiempo. Ya hace algún tiempo que rememoré esos eventos y lo que puedo decir es que mi autodeterminación se impuso al hecho de transitar por todo ese proceso completamente sola; en contraste, había grupos de aspirantes que llegaban acompañados por sus padres o amigos que, de igual manera, harían el examen. Largas filas, debajo del recalcitrante sol, que parecían no terminar. Después de ese día, la espera para conocer los resultados se hacía cruenta.

Obvio que en esos momentos no sabía que la matrícula de filosofía era reducida y, por lo mismo, que todo aspirante era aceptado.

No olvido la dicha que me embargó cuando vi mi nombre en la lista. En mi familia no fue un evento relevante, pues solo cinco primos, de muchos que la integran, tienen estudios superiores; nadie más ha estudiado una carrera humanística; de hecho, soy la única en mi pueblo que ha estudiado filosofía y suelen decir: “¡carrera para locos!”; aunque esa concepción no es solamente local. Así, pues, decido trasladarme a una ciudad que no conocía y con unos familiares igual de desconocidos, pero que me acogieron con mucho amor.

La inseguridad me invadía, debido a que creía que mis estudios durante el bachillerato eran deficientes, pese a que egresé con honores (¡debo presumir mis logros!). Ya incorporada en la facultad, comprobé que los contenidos eran muy abstractos, pero cada día me enamoraba más de la filosofía. No importaba el no dormir a causa de la carga académica y la complejidad de la disciplina. Recuerdo que en ocasiones me invadía la frustración al no poder, durante considerable tiempo, comprender un pequeño párrafo, más mi pasión y dedicación lo vencían todo; incluso el malestar por encontrarme en el ambiente poco afable que ya existía en la facultad. Ingresamos 24, la generación más numerosa de la que se tenía registro; egresamos 5, y no éramos precisamente amigos.

Muchos años después, las circunstancias no han cambiado, pues este 2024 ingresaron 38 estudiantes. Como sabemos, las humanidades no se caracterizan por una cantidad cuantiosa de estudiantes en sus filas, esto a nivel mundial y de manera histórica. Lo anterior, constituye un permanente estado de resistencia para que no desaparezcan las *Geisteswissenschaften* (ciencias del espíritu), dentro de un orden cultural marcadamente mercantilista desde siglos atrás. Justamente ahora, aglutinaron a las humanidades y a las ciencias sociales en el nuevo modelo educativo, mismo que lleva por título “La nueva escuela mexicana”. Considero que es muy pronto para poder emitir juicios en cuanto a los resultados, mas no así en cuanto al sinsentido de desaparecer todas las ramas de la filosofía, incluyendo la lógica. Simplemente no se comprende cómo pretenden que las nuevas generaciones se aboquen a la ciencia de la naturaleza sin la base de esta, que es precisamente

la lógica; y qué decir del aspecto ético de los futuros estudiantes de nivel superior. Pero se trata de “innovar”. El desprecio por la filosofía se entendía como ideología de los gobiernos neoliberales, pero se supone que el actual gobierno no lo es. Al parecer, la innovación está motivada por una miopía intelectual.

Pero me detengo en el ambiente inhóspito de la facultad en aquellos años, lo cual no ha cambiado en la actualidad; más bien, se ha exacerbado. Aunque esto será narrado más adelante. Ahora quiero centrarme en mi época de estudiante, donde la matrícula de las cuatro generaciones no llegaba a 30 alumnos. Éramos como islas. Seres inmersos en la reflexión que, prácticamente, no interactuaban entre sí; mucho menos, con la figura de autoridad que representaban los académicos, quienes no esbozaban ni una tenue sonrisa. Eran a lo mucho 7 profesores quienes impartían todos los cursos, así que teníamos que tomar muchas horas de clase con cada uno de ellos. En repetidas ocasiones, cuando solo asistía yo, la clase se impartía en el cubículo del profesor, a veces durante 4 largas horas, viendo esas expresiones adustas. Pero, eso sí, eran profesores muy entregados a la docencia; así hubiese tempestad, asistían siempre. Pero lo ríspido se generaba cuando con sus comentarios ejercían cierta violencia simbólica, es decir, verbal.

En cuanto a la comunidad estudiantil, el individualismo era lo que permeaba, así como la competitividad y cierta envidia; incluso, clasismo. Tengo muy presente que un profesor y un grupo de alumnos adherido a él, afirmaban: “¡Remedios es una burguesita que viene a darse una barnizada de cultura!”. No sé qué los llevaba a sostener tal cosa. La realidad es que mi madre tenía que trabajar doble turno para poder solventar mis estudios. El clasismo y elitismo presente. No fue hasta sexto semestre cuando, de los cinco integrantes del grupo, fui la única que aprobó el examen, que me concedieron el honor de reconocer mi capacidad intelectual. El espacio se tornaba aún más tenso, pues la relación entre dos de los académicos era muy tirante; así que el simple hecho de que uno de ellos nos viera platicando con el otro, era suficiente para que sus rencores se vertieran en el estudiante que osaba hacer ello. Sí, esa

era la facultad de filosofía, pero eso es una pálida de sombra de lo que es hoy, pues las cosas siempre pueden ser peores.

Después de concluir mis estudios de licenciatura, tomé la decisión de trasladarme a la hoy llamada CDMX, para realizar estudios de posgrado. Mi deseo era ingresar a la UNAM, pero en aquel momento estaba en huelga y, después de un año, era incierto cuándo terminaría; así que me di a la tarea de buscar y hallé una maestría en humanidades en la Universidad Anáhuac del norte. Con solo llamar por teléfono para pedir informes, fue suficiente para que el buscador de clientes me contactara casi diariamente. Sin duda, hizo buen trabajo... me inscribí. Fue de lo más fácil entrar al posgrado, pues no solicitaron proyecto de investigación, ni acreditación de idioma en lengua extranjera; es más, ni cartas de recomendación. Debo señalar que no tenía idea que la institución fuera religiosa y, menos aún, de Los legionarios de Cristo; cuando lo supe, ya había pagado algunos meses de colegiatura. Mi tránsito por esos lares fue ambivalente. Por un lado, los cursos llenaban mis expectativas, debido a que los catedráticos eran, casi en su totalidad, profesores de la UNAM; por el otro, el ambiente era denso, dada la superficialidad que caracterizaba a todas las alumnas matriculadas. Sin entrar en muchos detalles, eran esposas o hijas de políticos o empresarios que tenían mucho tiempo libre.

Después de dos años, escribí mi tesis sobre hermenéutica analógica. Tuve el honor de ser dirigida por el creador de dicha propuesta filosófica: el filósofo mexicano Mauricio Beuchot, a quien conocí personalmente en su cubículo del Instituto de Investigaciones Filológicas en la UNAM. Me lo presentó mi entrañable amigo el Dr. René Barffusón, con quien aún me une un gran amor, pese a la situación delicada de salud por la que cursa ya desde hace 6 años. A él lo conocí durante mis estudios de licenciatura. Iniciamos juntos la carrera, pero él se daba de baja temporal y luego retomaba los estudios. Desde los primeros días en la facultad, nos unió un lazo de amistad, hasta ahora inquebrantable. Siempre motivándonos en lo profesional y lo personal ¡Agradezco tanto a la vida por haberlo conocido! Pero regresando a Beuchot, ya lo conocía, pues cuando fui estudiante en la facultad de filosofía, el Dr. Benigno Zilli

lo invitó a participar en eventos. En esa época, era aún más tímida que ahora y nunca me acerqué a platicar con él; tuvieron que pasar muchos años para que se diera la oportunidad de entablar comunicación. Recuerdo que, estando en su cubículo, aquel día en el que me lo presentó mi amigo René, me regaló su libro *Tratado de hermenéutica* analógica, yo le dije que quería hacer mi tesis sobre su propuesta y le entusiasmó saberlo. He de ser sincera, yo no sabía casi nada del tema. Poco tiempo después, lo vi en un evento que se realizó en la Facultad de Filosofía de la Universidad Veracruzana y aproveché para solicitarle que fuera mi director de tesis. Recuerdo que estaba muy nerviosa y esperaba con vehemencia que el gran Mauricio Beuchot aceptara mi propuesta.

Cuando escuché: “¡Acepto encantado!”, casi brinco de felicidad. Podría decir que, desde ese momento, Mauricio se convirtió en un padre putativo para mí. Siempre apoyándome y dándome su inconmensurable cariño. En la actualidad, lo llevo en mi corazón y mi mente, sin embargo, me he alejado espacialmente de él. Una de las cosas que he aprendido de Nietzsche, es que un auténtico maestro debe educar para la autonomía, de tal manera que el aprendiz debe alejarse de su mentor como muestra de libertad y autarquía, es decir, de autogobierno.

Durante mis estudios de maestría, conforme transcurría el tiempo, era más pesado poder pagar las mensualidades, por lo que durante el último semestre decidí buscar trabajo. Es así como llegué al senado de la república a trabajar como asistente de un senador del PRD, nacido en Catemaco. Mi madre tenía amistad con un amigo de aquel... sí, ahí se tiene acceso solo por recomendación. Me presenté, hablé con el senador y enseguida me incorporé a las labores. Solo cuatro meses estuve allí, pues lo mío no era ser asistente de un senador. Puedo decir que la experiencia no fue desagradable, pues lejos de lo que se podría pensar, la gente a mi alrededor fue respetuosa. Entre ellas y ellos las relaciones eran tirantes, pero conmigo fueron afables. Sin embargo, decidí partir porque consideré que, en el orden de lo moral, no había mucho que hacer. De manera que tomé la decisión de trabajar en mi tesis de maestría. Durante seis meses me aboqué a investigar y a escribir

sobre mi tema de investigación: ética y hermenéutica analógica. El viaje, de la mano de Mauricio, fue sumamente satisfactorio. Ya con mi título de maestría, en un momento de mucha tristeza al sentir que no estaba haciendo algo útil, es decir, durante una de esas crisis existenciales me pregunté: “¿y ahora qué hago? Siento que debo dar mayor sentido a mi vida”. Una toral cuestión filosófica. En ese momento recordé lo que pensé cuando trabajé en el Senado, eso de que no se podía hacer mucho ahí en el campo de la ética, y me dije: “¡quizá en el ámbito docente sí se puede incidir para transformar existencias!”. Sin más, me presenté en la Universidad del Valle de México, Campus Roma, en la ahora CDMX, para solicitar empleo como docente. Realicé todos los trámites y fui contratada. Esto fue en nivel bachillerato. La experiencia fue muy enriquecedora, aunque en igual proporción agotadora. Eran cuatro grupos con numerosos estudiantes, casi 50 en tres de los cuatro. De aquella etapa, recuerdo algunas anécdotas, mismas que ahora comparto.

Los primeros días de clases fueron pesados, pues me encontré con la típica resistencia de los alumnos al estudiar filosofía. Los comentarios: “¡no le veo la utilidad!”, “¡es muy difícil y no le entiendo nada!”, “¡no me gusta leer!”, “¿por qué debo leer esto si voy a una carrera técnica?” y más. Pasadas unas semanas, la actitud de la comunidad estudiantil cambió, excepto de un alumno que, si bien dejó de ser altanero, quedaba claro que las humanidades no eran para él. Cuando apliqué el primer examen, casi todos reprobaron. Ante ello, estaban sorprendidos. Les pregunté si nunca habían reprobado. En ese momento, comprobé la hipótesis que sostenía al comenzar a trabajar en una escuela privada: ¡los alumnos no reprobaban! Ya en el segundo parcial, aprobó casi la totalidad. Fue fácil, eran inteligentes, sabían que, si no estudiaban, simplemente tendrían que repetir el curso. Ya para el tercer mes, se me acercó una alumna, quien me dijo: ¡quiero estudiar filosofía! Realmente me conmovió mucho.

Esta otra experiencia la recuerdo con frecuencia y la relato en mis cursos. Por la tarde, impartía solo un curso en el que estaban matriculados pocos estudiantes. Desde mis inicios como docente,

me desagradó el condicionamiento de pasar lista, por lo que no es algo que acostumbre a hacer, hasta la fecha; considero que solo quien desea ser menos ignorante, se da a la tarea de materializar ese deseo sin coerción alguna. Había un estudiante que no entraba a clases y prefería quedarse a jugar solo en la cancha de basquetbol. Un día, no sé por qué, decidió entrar a clases, estuvo atento, y los días subsecuentes seguía presente en las clases. Recuerdo que estaba explicando la duda metódica de Descartes, cuando el chico, en un tono un tanto seco, aseveró: “yo antes era más feliz, pues no tenía que estarme cuestionando nada, ni dudando si lo que estoy viviendo es parte de un estado de vigilia o de un estado onírico!”.

Realmente no me esperaba que ocurriera algo así. Sentí una grata emoción y respondí: “¡bienvenido al mundo de la filosofía!, gracias a su enorme bondad y belleza, ahora puedes advertir la diferencia que existe entre ese objeto llamado “pelota” y tu propio ser. La pelota no se preocupa por su ser, dado que es un ente, pero tú eres un ente con ser y, como tal, te preguntas y preocupas por tu propia existencia”. En esos meses que la docencia me llamó, la amé, tanto como la sigo amando hoy. Una nueva compañera de viaje, aparte de la filosofía, se sumaba a mi ser-siendo: la docencia. En estos momentos una imagen se presentó a mí: me veo transitando en el mundo, de la mano la filosofía y de la docencia. Sí, hasta el día de hoy, son mi tierra y mi brújula.

Ya para cuando concluí mi investigación de la maestría y presenté el examen, no quise tomar descanso, así que apliqué para ingresar al doctorado en la UNAM. El proceso fue arduo. ¡Hasta ahora sigo pensando que el mundo de la burocracia es tan kafkiano! El suplicio era cada seis meses que me tenía que inscribir. Realmente estudiar el doctorado fue muy satisfactorio, mas no así toda la burocracia que lo circunscribía. Estudiar en la UNAM es algo que aún ahora me llena de orgullo. No fue nada fácil ingresar, por eso valoro tanto ser egresada de esa, mi otra *alma mater*.

Durante mis estudios de doctorado, de nuevo me embargó la vacuidad existencial, pues, aunque el doctorado me producía mucha satisfacción, sentía que debía hacer algo más. Así que

de nuevo la docencia me cobijó entre sus brazos. En esa época, cambié de residencia a Metepec, Edo. de México, debido a la enorme inseguridad en la capital de la república: sufrí cuatro asaltos y un intento de violación. El doctorado era cien por ciento en investigación, ello me permitió trasladarme a otro lugar sin mayor problema, dado que prácticamente solo tenía que ir a la UNAM dos veces al semestre: una para presentar avances ante mi asesor de tesis y mis lectores; la otra, para inscribirme. Ah, un dato relevante que estaba omitiendo... mi querido Beuchot fue parte de mis lectores, pues mi investigación doctoral versó de nuevo sobre la hermenéutica analógica y el lenguaje como retórica en Nietzsche.

Ya instalada en Metepec, bajo la constricción de la tristeza, decidí presentarme en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Toluca (lo que divide a Metepec de Toluca es una avenida). Llamé a la institución, me agendaron una fecha y presenté mi clase muestra. Debo mencionar que fue muy sencillo ingresar a las filas del Tec. Ahí estuve impartiendo clases el tiempo que duró el doctorado. Pocas clases, pues debía titularme del posgrado en tiempo y forma, así como cumplir con el reglamento de posgrado del entonces Conacyt, lo cual hice. Mi estancia en esa institución fue muy satisfactoria. El ambiente laboral era excelente. Existía una atmósfera de respeto que se agradecía profundamente. Esta era transversal: tocaba lo académico, lo administrativo y el espacio estudiantil. Ese campus se caracteriza por otorgar el 40% de becas, por ello mismo es que la mayoría de los alumnos son muy estudiosos. Son jóvenes que provienen de un estrato social bajo o medio, así que se abocan a estudiar para no perder sus becas. Aunado a ello, era tan reconfortante sentir su calidez. Tan dedicados, responsables y respetuosos... ¡Todo lo que un académico desea!

De mi estancia por el Tec. tengo muy buenos recuerdos. Impartí ética para todas las carreras y semiótica para la licenciatura en comunicaciones. Sin duda, tuve oportunidad de conocer a estudiantes brillantes y con corazón. Recuerdo tres anécdotas en particular. Las dos primeras tienen que ver con la maravillosa

injerencia de la ética en la vida de los estudiantes. los primeros días me ocurrió lo que en la preparatoria: actitudes escépticas y apáticas; conforme transcurrieron las primeras dos semanas ya sus rostros eran otros. Realizaban las lecturas y dialogaban mucho.

Un estudiante al principio me dijo: “¿y esto para qué sirve?”; le respondí: “la vida se trata de hacer cosas que no nos gustan y justo así es como medimos nuestra fortaleza”. Recuerdo perfectamente el rostro del muchacho, pues era el más atento de la clase. En otra ocasión, una estudiante me dijo que sus compañeros de otro grupo la vieron correr por el pasillo y le preguntaron que dónde iba tan apurada y les respondió que a su clase de ética y que ellos se sorprendieron y le dijeron: “¡pero es ética!”. Otra estudiante, al final del semestre, le pregunté qué le había aportado el curso y me respondió que ella antes de tomar el curso tenía como meta ser una profesionista exitosa, pero que su perspectiva había cambiado y que ahora quería ser una persona con calidad humana. Todo ello lo atesoro porque justo eso es: tesoro. Obviamente yo no hice nada, fue la magnificencia de la ética quien los zarandeó y transformó.

Pero también experimenté algunos casos nada gratos: tres estudiantes entregaron trabajos plagiados; al reportarlo, fue muy satisfactorio encontrar el apoyo por parte del director de carrera, pues en ningún momento me trató de disuadir para “apoyar” a los estudiantes. Y es que, en este mundo al revés, quien reprueba a un estudiante “obstaculiza” su desarrollo. Recuerdo que un par de profesoras dijeron que ellas nunca los hubiesen reprobado y les habrían dado otra oportunidad; una de ellas incluso aseveró que les diría a sus alumnos que tuvieran cuidado con mis cursos.

Sí, a la profesora le urgía un curso de ética y de lógica, pues en su argumento incurrió en falacia de énfasis, la cual quedaría así: ¡no plagies en el curso de Remedios, pero en los otro sí! Pobre mujer. Aquellos sucesos tenían mucha relevancia en la vida académica de los estudiantes, pues el reglamento de la institución estipulaba que una falta de probidad como el plagio debía quedar asentada en su certificado de estudios; ello, obviamente, tenía implicaciones serias en su futuro campo laboral, por ese motivo es que el profesor debía

tocarse el corazón para “no perjudicar” al estudiante. Sin duda, no se tiene idea de lo que es la *praxis* de la ética. Existe un reglamento creado para el buen funcionamiento de una institución, pero, lo de siempre, este solo queda en papel.

Recuerdo con tanto cariño a muchos estudiantes de esa institución. He de mencionar que siempre me sentí conflictuada al impartir clases en instituciones de educación privada, pues considero que es una desgracia que se lucre con la educación. Sabemos que es un derecho humano y al obtener usufructo por cultivarse, se corrompe el fin intrínsecamente bueno de la educación. Mercantilizar la educación es precisamente un antivalue; equivale a colocarla al mismo nivel de los objetos que se compran y venden, convirtiéndose en un superfluo medio. El valor se devalúa, pues se confunde con el vulgar precio. Así que cuando concluí el doctorado, decidí dejar de laborar en el Tec. y tomé la decisión de regresar a mi amada facultad de filosofía en mi amada Xalapa. Sentía una profunda necesidad de dialogar entre pares... ¡No tenía idea de lo que viviría!

Me incorporé a la Facultad de Filosofía de la Universidad Veracruzana en agosto de 2010, y en esa misma fecha inicié una estancia posdoctoral en el Instituto de Filosofía de la Universidad Veracruzana. Digamos que mi transitar por mi *Alma mater*, ahora ya como docente e investigadora, se ha caracterizado por claroscuros; momentos de mucho desconsuelo y otros de mucho consuelo. ¿Y qué es lo que me ha permitido mantenerme erguida? Una vez más, la filosofía. Esa perenne amiga que me ha ayudado a amar y a tener esperanza. A resistir ante el poder que contamina a nuestras instituciones educativas, pues, como asevera Derrida, ese es el peligro que la acecha y ante el cual debemos, como comunidad universitaria, resistir. En su libro *Universidad sin condición*, afirma que las humanidades y, principalmente la filosofía, tienen el compromiso de construir esa universidad que no esté condicionada por factores que la destruyan. Una universidad en la cual la parresia sea una práctica regular y que ello no sea motivo de marginación y exclusión.

Sabemos que esa universidad no existe, pero precisamente quienes pertenecemos a las humanidades tenemos la obligación de construir. Celebro el optimismo de Derrida, de hecho, acabo de señalar que la esperanza es un sentimiento que me acompaña y me motiva para imaginar una política del futuro, una educación del futuro, unos filósofos y filósofas del futuro, que se mantengan impasibles ante la seducción del poder, del éxito y de cualquier banalidad o vulgaridad. Pero mi optimismo no es ramplón, pues me sitúo en el aquí y ahora, y ese contexto es muy inhóspito. La práctica de la *parresia* tiene implicaciones muy desfavorables, al grado de condenar al exilio académico a quien se atreva a decir la verdad. Es cierto que ello no es privativo de nuestra época, sabemos que la marginación es un castigo impuesto a quien ose dudar, escudriñar y objetar toda verdad impuesta.

Ahora bien, no es nada alentador que las humanidades se encuentren aletargadas y anquilosadas en la misma inercia del *laissez faire, laissez passer* (dejar hacer, deja pasar) propio del liberalismo. Ideología exacerbada en la continuación de aquel: el neoliberalismo. La salvaje competencia y el culto al nuevo dios: el dinero, han contaminado a nuestras instituciones educativas, y ello ha generado espacios donde la violencia es una constante. Violencia que, por cierto, cada día se normaliza a unos niveles dramáticos e inverosímiles. La corrupción y la impunidad como constantes en nuestro país permean en nuestra cotidianidad sin eximir ningunos de nuestros espacios más vitales.

En páginas anteriores, aludí al periodo en el que laboré en el Senado de la República y dejé ver cómo me resultó mucho menos inhóspito ese entorno que el educativo. En efecto, el espacio en el cual estamos para edificarnos y edificar, para formar y formarnos, está muy contaminado por poderes que la corrompen. Quien lea estas páginas y pertenezca al ámbito educativo sabrá perfectamente que no estoy hipostasiando; no sería tan dramático si ello fuera así. El darwinismo social con sus fauces parece engullir lo que a su paso encuentra. Los cotos de poder, equivalentes a cerberos postrados en el panóptico, se encargan de vigilar y castigar. Todo tiene que ser legitimado, o no, por dicho poder. Cualquier conducta,

lenguaje, y hasta pensamiento, no habitual, despierta sospecha y, por lo mismo, debe ser erradicado. La norma así lo exige. Hay un orden natural que no puede ser socavado. Duele escribir esto. Duele ver cómo nuestras instituciones educativas se han convertido en incubadoras de cuerpos dóciles. Exangües. Dicho lo anterior, y, sin ser políticamente correcta, de manera escueta diré que por ser blanco de violencia institucional tuve que interponer una queja en la CEDH en 2017.

Casi 4 años de investigación debieron transcurrir para que la comisión emitiera una recomendación a la Universidad Veracruzana. La entonces rectora, aceptó ofrecerme disculpas públicas, mismas que fueron clara expresión de violencia en mi contra. Por ello me inconformé y entonces la queja fue remitida a la CNDH. Un año después esta ratificó lo investigado por la CEDH. En esta segunda ocasión, la recomendación fue aceptada por el actual rector, quien, en apego al protocolo, me ofreció disculpas públicas. He de señalar que, si bien las agresiones han cesado, la Universidad Veracruzana ha procedido de una manera nada halagüeña, pues no sancionó a mis agresores y agresoras, dejando el mensaje a la comunidad universitaria de que todo aquel o aquella que violente a una académica, no recibirá sanción alguna, con lo cual se cumple la máxima: ¡ejercicio violencia simplemente porque quiero, puedo y porque sé que las autoridades serán omisas!

Pese a todo lo anterior, en el derrotero llamado docencia, he encontrado personas maravillosas que han coadyuvado a que yo siga creyendo en la humanidad y en mi quehacer. Soy infinitamente afortunada de transitar de la mano de la filosofía y de la docencia... mis pasiones. No hay día que no agradezca el haber sido encontrada y rescatada por ellas. Sé que mi ser daría de tumbos si no me cobijaran con tanto amor. Y precisamente con amor es como debo retribuirles. Es un imperativo.

Hallarme en el salón de clases y observar el rostro de sorpresa de los estudiantes es algo inconmensurable. Sentir su calidez y el placer que se genera en el diálogo y en la gestación de sus propias ideas, no tiene parangón. Ellas y ellos impiden el solipsismo

acechante; así como cualquier atisbo de escepticismo. Gracias a ello, se impone la esperanza para pensar que las cosas pueden ser de otra manera. Sin ella, sin la esperanza, no podría caminar erguida y sonreír. ¡Sí, sonreír, a pesar de...!